



La familia y la transmisión de la fe

Juan de Dios Larrú

1. INTRODUCCIÓN

“Pues evoco el recuerdo de la fe sincera que tú tienes, fe que arraigó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice, y sé que también ha arraigado en ti” (2Tm 1, 5).

En este versículo de la segunda carta de S. Pablo a Timoteo se encuentra como una breve síntesis de la cuestión de la transmisión de la fe en la familia. Timoteo, hijo de una mujer judía creyente, Eunice, y de padre griego (Hch 16, 1), que Pablo conoció en Listra, es heredero de una profunda fe. La expresión “fe sincera” se utiliza en la 1Tm 1, 5 junto a estas otras dos “un corazón limpio”, y “una conciencia recta”.

S. Pablo exhorta a Timoteo en esta misma carta a perseverar en lo que ha aprendido y en lo que ha creído, teniendo presente de quiénes lo aprendió desde niño, cuando conoció las Sagradas Escrituras (2Tm 3, 14-15). Denomina de modo significativo a Timoteo “hijo querido” (ἀγαπητός), “verdadero hijo en la fe” (1Tm 1, 1) ya que ha sido generado a la fe por Pablo que le ha conferido el bautismo y no dejará de animarle a combatir el buen combate de la fe (1Tm 6, 12) como buen soldado de Cristo Jesús, como atleta que corre hacia la meta (2Tm 2, 3.5).

Dos breves apuntes de estos textos pueden resultarnos útiles como introducción al tema que deseamos abordar. El primero es observar cómo Pablo recuerda los nombres de la madre y de la abuela de Timoteo. Es bien conocida la importancia de los nombres que en el mundo bíblico indican una vocación y una misión que comporta siempre una conversión. El nombre, de modo muy semejante a la fe, lo recibimos de Dios a través de la mediación de nuestros padres. Podemos decir que el dinamismo de la fe es como un progresivo inscribir nuestro nombre en el nombre de Dios y, de este modo, entrar en la vida eterna, para participar de ella plenamente cuando nuestros nombres queden definitivamente inscritos en el libro de la vida¹.

Otro dato significativo es cómo se citan a la madre y la abuela de Timoteo como singulares transmisoras de la fe al hijo y al nieto respectivamente. La relevancia que adquiere la mujer en esta cuestión no debe ser ignorada ni malinterpretada. La misión específica de la mujer en la transmisión de la fe brota de su particular vivencia de la misma. La dinámica de la fe se ajusta profundamente a la manera de ser de la mujer². Destacar esta originalidad de la mujer, no supone en absoluto ninguna discriminación, sino poner de relieve la diferencia entre el varón y la mujer manteniendo siempre la convicción de que la transmisión de la fe en la familia es una tarea común del padre y de la madre. No conviene pasar por alto que el eclipse de la figura del padre ha sido un fenómeno moderno que ha influido muy negativamente tanto en el ámbito familiar cuanto en el contexto social³. Se ha dicho, y creo con razón, que a la mujer le

¹ BENEDICTO XVI, *Discurso alla Pontificia Commissione Biblica*, (15.04.2010).

² Cfr. C.M. STUBBEMANN, “La misión de la mujer en la transmisión de la fe hoy”, en: AA.VV. *La transmisión de la fe: la propuesta cristiana en la era secular*, VI Jornadas de Teología, Santiago de Compostela 2005.

³ Sobre este tema pueden verse, entre otros, los siguientes trabajos: G. ANGELINI, *Il figlio. Una benedizione, un compito*, Vita e Pensiero, Milano 1991; J. CORDES, *Die verlorenen Väter-Ein Notruf*, Verlag Herder, Freiburg 2002;

corresponde una responsabilidad específica en la transmisión de la fe, sobre todo en el ámbito familiar. Decir que la mujer es la primera educadora en la fe de sus hijos es reconocer y reclamar la importancia del don de la maternidad en esta transmisión. No existe ninguna relación humana de mayor inmediatez que la que se da durante la gestación entre madre e hijo. La experiencia de fe de la madre empieza a transmitirse al hijo ya en el seno materno. Por otro lado, es indudable la decisiva importancia que ejercen hoy los abuelos. Su generosidad y encomiable dedicación suponen una inestimable ayuda para los padres, y la madurez y experiencia de su fe los convierte en referentes imprescindibles. Como recordó Benedicto XVI en Valencia, son memoria y riqueza de la familia con su perspectiva del tiempo y ante la cercanía de la muerte⁴. El Papa afirmó: “la familia comprende no sólo a padres e hijos, sino también a los abuelos y antepasados. La familia se nos muestra así como una comunidad de generaciones y garante de un patrimonio de tradiciones”⁵.

Pensar por generaciones es imprescindible para poder entrar en el dinamismo de la comunicación de la fe. Una generación no puede limitarse a transmitir a la posteridad bienes materiales, sino principalmente un patrimonio afectivo, moral y religioso adecuado⁶. El proceso de la transmisión de la fe necesita de la colaboración de una “cadena” de eslabones sucesivos de testigos. Ya Guardini había afirmado que la fe se propaga con la fe, como un cirio se enciende con otro cirio⁷.

La transmisión de la fe en la familia a las nuevas generaciones ha sido uno de los temas que se han abordado con creciente interés en los últimos años⁸. Existen ya numerosas publicaciones, artículos y libros que han recogido una amplia reflexión sobre esta temática. La diócesis de Roma en su convenio eclesial del año 2005 abordó la cuestión⁹.

C. RISÉ, *Il padre l'assente inaccettabile*, Edizioni San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) ³ 2004. El número 2 del 1996 de la revista *Anthropotes*, especialmente: T. ANATRELLA, *Crise de la paternité*, en *Anthropotes* 2 (1996) 219-234; P. MORANDÉ, *La imagen del padre en la cultura de la postmodernidad*, *ibid.*, 241-260; A. SCOLA, *Paternità e libertà*, *ibid.*, 337-343; G. ZUANAZZI, *Il padre tra realtà e finzione*, *ibid.*, 235-240; X. LACROIX, *Passeurs de vie. Essai sur la paternité*, Bayard, Paris 2004.

⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso en el encuentro festivo y testimonial*, V Encuentro Mundial de Familias, Valencia (8.07.2006); *In Vigilia cum familiis celebrata*: AAS 98 (2006) 590-594.

⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Eucaristía del V Encuentro Mundial de familias*, Valencia, (9.07.2006).

⁶ E. SCABINI- G. ROSSI (a cura di), *Promuovere famiglia nella comunità*, “Studi interdisciplinari sulla famiglia”, Vita e Pensiero, Milano 2007; E. SCABINI, *Famiglia e rapporto fra generazioni*, Lectio magistralis Instituto Giovanni Paolo II, Roma 2008.

⁷ Tomo la expresión de: R. PELLITERO, “La fuerza del testimonio cristiano”, *Scripta Theologica* 38 (2007) 367-402.

⁸ Pueden verse entre otros muchos, las siguientes obras y trabajos: G. COLOMBO, “La vita di pietà nella famiglia”, *Studi Cattolici* 2(1958) 42-47; G. GATTI, *L'educazione alla fede in famiglia*, Pontificia Università Lateranense, Romae 1978; R. BUTTIGLIONE, “Il ruolo della famiglia nella trasmissione della fede”, *Anthropotes* 1(1986) 43-64; R. SÁNCHEZ GUERRERO, “La misión de la familia en la transmisión de la fe”. Excerpta e Dissertationibus in Sacra Theologia, Vol. XXXII n. 6 (1997) 384-442; M. SÁNCHEZ MONGE, “La Iglesia doméstica, icono de la Trinidad”, *Toletana* (2000) 9-71; Número monográfico “La transmisión de la fe” *Communio* 23 (2001); E. SORAZU, *El despertar religioso en familia. Catequesis bautismales y primeros años de vida*, Sal Terrae, Bilbao 2001; AA.VV., *La trasmissione della fede*, Quaderni teologici Seminario Brescia, Morcelliana, Brescia 2007; D. TETTAMANZI, *L'amore di Dio è in mezzo a noi : la missione della famiglia a servizio del Vangelo : famiglia, comunica la tua fede : anno pastorale 2007-2008*, Centro Ambrosiano, Milano 2007; A. MARIANI, *Trasmissione della fede ed esperienza morale nella famiglia*, Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma 2008; H. DERROITE, “Famiglia e trasmissione della fede”, *La Rivista del Clero Italiano* n. 11 (2009) 734-752; B. VINCENZO, *Insegno ai tuoi figli. Famiglia e trasmissione della fede nelle tradizioni ebraica e cristiana*, Chirico, 2009.

⁹ BENEDICTO XVI, *Famiglia e comunità cristiana: formazione della persona e trasmissione della fede. Discorso al Congresso ecclesiale della diocesi di Roma* (6.06.2005): AAS 97 (2005) 809-817.

Posteriormente, el V Encuentro Mundial de Familias celebrado en Valencia en julio del año 2006 lo tomó como tema central de reflexión del encuentro¹⁰.

El motivo de esta atención tiene una doble vertiente, teológica y pastoral. Teológica, porque es necesario repensar siempre de nuevo el modo de comunicar la verdad de la fe, y pastoral, porque progresivamente se ha cobrado conciencia que la familia se encuentra en el corazón de la nueva evangelización y la comunicación de la fe se ha convertido en la primera prioridad pastoral¹¹. La creación del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización junto al tema elegido para la Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos del año 2012, “La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana”, son también bien significativos a este respecto.

La actualidad y urgencia de la cuestión se puede enunciar de un modo sencillo: en tiempos no demasiado lejanos la fe se transmitía de una generación a otra con cierta naturalidad. Hoy día, en cambio, la transmisión generacional de la fe está en peligro o se ha interrumpido, y además no en algunas familias aisladas, sino en muchas. Esta transformación ha puesto en evidencia como un círculo perverso, dado que la debilitación de la familia como cauce de socialización ha contribuido a la debilitación de la fe y, al mismo tiempo, la fe debilitada y mal vivida ha acelerado y acentuado la crisis de la familia. Podríamos decir con palabras del cardenal Cañizares: “la crisis de la familia es una crisis de fe; pero también la crisis de fe es una crisis de la familia”¹².

2. LAS DIFICULTADES PARA LA TRANSMISIÓN DE LA FE EN LA FAMILIA

La gran mayoría de los autores están de acuerdo hoy con que, estrictamente hablando, la fe no puede ser objeto de transmisión¹³. Se trata de caer en la cuenta de que la fe no se transmite de una forma automática, como unas cualidades hereditarias o como se contagia alguna enfermedad, ni tampoco se transmite como una mera información de vagos conocimientos. La fe no es un sistema de ideas, sino una vida que se ha de compartir y comunicar. La fe es una experiencia muy personal, un don de Dios que se acoge en la dramática de la libertad, que define lo que uno es y quiere ser. En otras palabras, como afirma el Catecismo, la fe es un acto personal de libre respuesta a Dios que se revela (CEC n. 166).

Transmitir la fe no significa transmitir algo, sino favorecer el acontecimiento del encuentro con alguien. Por tanto, la fe no es reductible a una realidad puramente sociológica o psicológica, ni siquiera es reductible a un valor, pues la formalidad de los valores corre el riesgo de dejar la fe sin contenido concreto y genuino alguno. La experiencia de la fe abarca múltiples dimensiones: es un don, una virtud teologal y un acto humano. La fe, en cuanto adhesión a Dios, experimentado como realidad absoluta y fundante de la propia vida, es un acto enteramente personal, una elección fundamental, y en cuanto tal intransferible. Esto no significa que la dinámica de la transmisión no conecte con el meollo de lo cristiano. La

¹⁰ PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA, *La transmisión de la fe en la familia. V Congreso Mundial Teológico-Pastoral*, BAC, Madrid 2007.

¹¹ C. RUINI, “La famiglia, cuore dell’evangelizzazione”, en *L’Osservatore Romano*, (26-11-1994), pp. 1-4.

¹² A. CAÑIZARES, “La transmisión de la fe: aspectos pastorales”, en: PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA, *La transmisión de la fe en la familia. V Congreso Mundial Teológico-Pastoral*, BAC, Madrid 2007, 54.

¹³ Cfr. J. MARTÍN VELASCO, *La transmisión de la fe en la sociedad contemporánea*, Sal Terrae, Santander 2002, 28-32. 86; F. SEBASTIÁN AGUILAR, *La transmisión de la fe en la España actual*, en: AA. VV., *Antropología y fe cristiana*, IV Jornadas de Teología, Instituto Teológico Compostelano, Santiago de Compostela 2003, 331-352; W. KASPER, *Tradierung und Vermittlung als systematisch-theologisches Problem*, en: E. FEIFEL-W. KASPER (eds.), *Tradierungskrise de Glaubens*, Kösel, München 1987, 40.

autodonación de Cristo en su misterio pascual nos indica que no hay posible transmisión de la fe sin seguir a Cristo en esta lógica de entrega y donación personal. La fe tiende y necesita comunicarse, la fe se fortalece y crece cuando se comunica a los demás¹⁴. La dimensión subjetiva y objetiva de la fe, si bien teóricamente pueden distinguirse, en lo concreto son inseparables, pues la transmisión de la fe implica tanto el sí confiado y obediente a Dios, la entrega personal a Él (*fides qua*), cuanto la aceptación de los contenidos de la revelación (*fides quae*) que nos comunica¹⁵.

Los cauces habituales para colaborar al surgimiento y crecimiento de la fe en las nuevas generaciones son básicamente la familia cristiana y la cultura cristianizada. Ayudar a los padres a transmitir la fe a sus hijos implica poseer una clara conciencia de que no podemos sustituirlos en esa misión, trabajando por generar una cultura más familiar¹⁶. Ahora bien, una cultura del amor y de la familia es incompatible con una cultura del bienestar y de las relaciones puras¹⁷. Merece la pena repasar brevemente las notas de nuestra cultura que más dificultan la transmisión de la fe. Vaya por delante que nuestra pretensión no es demonizar la cultura sino más bien purificarla para liberarla de la recaída en las ideologías.

2.1. El individualismo

Fe y cultura no son dos realidades independientes sino profundamente vinculadas recíprocamente. Las complejas transformaciones culturales que ha sufrido Europa en general, y España en particular, han mutado profundamente el escenario en el que se vive y transmite la fe. Es bien conocido cómo a partir del movimiento cultural de la Ilustración, la tradición y la autoridad se ponen bajo sospecha. Dado que tanto una como otra son elementos asociados esencialmente a la familia, su cuestionamiento conlleva un recelo hacia la familia como portadora de cultura y su papel en la tarea de favorecer el tejido social. Es principalmente a través del influjo francés que penetra en España esta nueva cultura ilustrada impregnada de un fuerte subjetivismo, reivindicativa de la libertad de pensamiento y de conciencia, que propone la emancipación y autonomía del sujeto como forma de vida lograda.

Vivimos inmersos en una cultura que exalta la libertad del individuo concebido como sujeto autónomo, como si él sólo se hiciera y se bastara a sí mismo, al margen de las relaciones con los demás y ajeno a su responsabilidad ante ellos. El individualismo ha tomado en nuestros días formas inéditas y más radicales. Este fenómeno provoca que en la imagen que las personas tienen de sí mismas no se vean llamadas a una alianza de generaciones, integradas en una comunidad de tareas y deberes, sino que contemplen su vida más bien a la luz de sus deseos puramente subjetivos. De este modo, la cultura contemporánea rehúye los compromisos y los vínculos de los que solamente ve los aspectos negativos y no su potencial recurso de bien relacional¹⁸. Este enfoque se refleja en el ámbito conyugal y familiar en que el hijo es visto como objeto de un deseo individual, restrictivo, absoluto.

El estilo de vida individualista ha debilitado la cohesión interna de la familia. Desde un punto de vista material, principalmente como consecuencia de los horarios de trabajo. Ello ha provocado una convivencia menos intensa, con menos tiempo para estar juntos, para hablar,

¹⁴ JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris missio*, n. 2.

¹⁵ H. DE LUBAC, *La foi chrétienne. Essai sur la structure du Symbole des Apôtres*, Aubier-Montaigne, Paris 1970 (trad. esp.: *La fe cristiana. Ensayo sobre la estructura del Símbolo de los Apóstoles*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1970, 135ss).

¹⁶ L. MELINA, *Por una cultura de la familia. El lenguaje del amor*, Edicep, Valencia 2009.

¹⁷ A. GIDDENS, *The Transformation of Intimacy. Sexuality, Love and Eroticism in Modern Society*, Stanford University Press, Stanford, CA 1992.

¹⁸ P. DONATI, *La matrice teologica della società*, Rubettino, Catanzaro 2010.

para realizar una vida común. El individualismo enfría el amor y debilita la vida familiar porque conduce, casi sin darnos cuenta, a vivir centrados en nosotros mismos, colocando nuestros propios deseos como único horizonte de la realidad. El narcisismo se convierte en incapacidad para encontrarse con el otro y con Dios, sumergiéndonos en un mundo ficticio, totalmente irreal¹⁹. Desde esta perspectiva se comprende cómo el acto de fe ha sido estudiado en tiempos recientes poniendo de relieve su intrínseco significado dialógico, relacional. En efecto, la fe nunca es individualista, sino que es esencialmente personal y comunitaria. Es éste un punto fundamental en el cual la familia como comunión de personas juega, evidentemente, un papel decisivo.

El individualismo conecta con la pérdida de esperanza y de generatividad, y pone de manifiesto cómo la crisis de paternidad y la consecuente ausencia de la transmisión de la vida debilitan la transmisión de la fe, pues aquella está indudablemente en el origen de ésta y la lógica de la entrega es idéntica para transmitir la vida y la fe. Ya desde Abraham, “nuestro padre en la fe”, la fe está estrechamente unida a la experiencia de la paternidad y a la prueba del sufrimiento. Ser padre supone abrir camino a otros y, por ello, implica el coraje de convertirse en pasado. Parafraseando a Péguy, podríamos decir que para ser padre es necesaria una gran gracia, ser muy feliz²⁰.

2.2. El relativismo

La experiencia de la fe está estrechamente vinculada al conocimiento de la verdad personal que se ilumina en el acontecimiento del encuentro con Cristo. Junto al individualismo que debilita notoriamente la vida familiar, la extensión del relativismo impide la generación y el crecimiento de verdaderas certezas acerca del mundo y de Dios. La crisis de verdad tiene una doble dimensión: por un lado, la desconfianza respecto a la posibilidad, para el hombre, de conocer la verdad sobre Dios y sobre las cosas divinas; por otro, las dudas que las ciencias modernas, naturales e históricas, han suscitado respecto a los contenidos y a los orígenes del cristianismo. Un rasgo distintivo del Magisterio de Benedicto XVI es su insistencia en que no es posible renunciar a la verdad, y su gran compromiso por la cuestión de la verdad de la fe cristiana, en la actual situación histórica y en relación a las formas de racionalidad prevalentes hoy²¹.

El predominio del relativismo en la cultura y en la vida social es tan intenso que Benedicto XVI se ha referido en más de una ocasión a la amenaza de la “dictadura” del relativismo. Lejos de ser una exageración, la expresión apunta a la contradicción interna del relativismo²². En este sentido, como afirmó siendo aún cardenal al inicio del último cónclave: “A quien tiene una fe clara, según el Credo de la Iglesia, a menudo se le aplica la etiqueta de fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, dejarse “llevar a la deriva por cualquier viento de doctrina”, parece ser la única actitud adecuada en los tiempos actuales.

Se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y sus antojos²³.

¹⁹ C. LASCH, *The culture of narcissism: American life in an age of diminishing expectations*, W.W. Norton, New York 1979.

²⁰ Ch. PÉGUY, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, Encuentro, Madrid 1991, 20.

²¹ BENEDICTO XVI, *Famiglia e comunità cristiana: formazione della persona e trasmissione della fede. Discorso al Congresso ecclesiale della diocesi di Roma* (6.06.2005) AAS 97 (2005) 815-816.

²² Cfr. R. SPAEMANN, “Der gefährliche Irrtum des ethischen Relativismus”, en: *L'Osservatore Romano* (edición alemana), (07.02.2003), p. 12.

²³ J. RATZINGER, *Homilía en la apertura del Cónclave*, (18.04.2005).

No resulta necesario extenderse mucho para mostrar el efecto deletéreo del relativismo en el proceso de la comunicación de la fe. Baste con recordar que en el ámbito educativo en general, y en particular en la educación de la fe, es indispensable la certeza de la verdad.

La fe que los padres han de transmitir a sus hijos posee una doble dimensión. En primer lugar, es una *luz* para poder dirigirse a la verdad revelada en su misterio; en segundo lugar se trata del *asentimiento* de la voluntad a Aquel que se revela²⁴. Ambas dimensiones reflejan la profundidad del don de Dios en el que se asienta el acto de fe y cómo reclama a la persona entera. Se trata, por tanto, de comprender la transmisión de la fe desde la dinámica de la donación que Dios hace a cada hombre. La dinámica de la fe como respuesta al don de Dios, tendrá entonces el carácter de una conversión permanente, unida al asentimiento y la entrega que es intrínseca a la fe²⁵.

2.3. El emotivismo

Finalmente, es preciso señalar otra dificultad radical para que el evento de la transmisión de la fe se verifique. Esta dificultad podríamos denominarla el emotivismo de la fe. Este emotivismo hunde sus raíces históricas en la concepción luterana de la fe como un puro hecho de conciencia y en el movimiento romántico que considera la fe como un fenómeno sentimental. La hipostización de la conciencia conduce a una comprensión de los afectos como algo exterior a ella, y este proceso concluye en una emotivización de la misma conciencia. En este sentido, es bien conocido cómo Friedrich Schleiermacher, frente a la razón ilustrada propuso el sentimiento, la intuición y la dependencia de Dios como nuevos lugares teológicos²⁶.

Ahora bien, Dios no puede ser reducido a una intuición y sentimiento especial. Como señaló Juan Pablo II en su encíclica *Fides et ratio*: “La fe privada de la razón, ha subrayado el sentimiento y la experiencia, corriendo el riesgo de dejar de ser una propuesta universal”²⁷. Cuando un sentimiento vago y poco comprometido suplanta las grandes certezas de la fe, los gestos de la fe quizás se repitan, por costumbres o rutinas, pero se deja de verificar una acogida real del contenido de la fe y una adhesión auténtica a la persona de Jesucristo. La fe no puede reducirse a un sentimiento privado, que se esconde quizá cuando se convierte en algo incómodo²⁸. Junto al divorcio entre fe y razón, padecemos el divorcio entre fe y espiritualidad, entre el asentimiento de fe y la relación viva con Dios, que tiene profundas raíces históricas²⁹.

El individualismo, el relativismo y el emotivismo son tres grandes dificultades para transmitir la fe en la actualidad y afectan a la familia de un modo muy directo. Son tres rasgos que se aúnan en el secularismo o laicismo contemporáneos. La debilitación social de la familia ha ido acompañada de una debilitación interna de la fe cristiana, que ha tenido también su incidencia en la disolución de las relaciones familiares. No obstante, por múltiples razones sería muy insuficiente limitarnos a demonizar la cultura contemporánea. Toda situación

²⁴ Cfr. CONCILIO VATICANO I, *Constitutio dogmatica Dei Filius* (24.04.1870), cap. 3; DS 3009.

²⁵ J.H. NEWMAN, *An Essay in Aid of a Grammar of Assent*, London 1870; ver también: J. SERVAIS, “L’atto di fede del credente secondo J.H. Newman”, *La Civiltà Cattolica* 3306 (1988) 550-563. Desde otra perspectiva puede verse: P. PREMOLI DE MARCHI, *Etica dell’assenso*, FrancoAngeli, Milano 2002.

²⁶ F.E.D. SCHLEIERMACHER, *Reden über die Religion*, R. Otto, Göttingen 1899.

²⁷ JUAN PABLO II, Enc. *Fides et ratio*, n. 48; AAS 91 (1999) 34.

²⁸ Cf. BENEDICTO XVI, *Angelus* del 9.10.2005, con motivo de la beatificación de Clemens August von Galen, obispo de Münster.

²⁹ P. SEQUERI, *La qualità spirituale. Esperienza della fede nel crocevia contemporaneo*, Piemme, Casale Monferrato 2001, 9.

histórica, junto a sus indudables sombras ofrece también no pocas posibilidades quizás anteriormente desconocidas. En este sentido, ya Romano Guardini en la última de sus conocidas cartas desde el lago de Como, expresaba un “sí rotundo” al mundo que le tocó vivir, y explicaba al sorprendido lector, que esto es exactamente lo que Dios nos pide a cada uno. El complejo cambio cultural al que asistimos, no debe conducir a los cristianos a una perplejidad generalizada y una desorientación a la hora de proponer sus criterios y su estilo de vida³⁰. Convencidos de que es Dios mismo quien actúa en estos cambios sociales y culturales, los creyentes hemos de afinar el oído para escucharle y dejarnos conducir por Él.

3. LA TRANSMISIÓN DE LA FE Y LA COMUNICACIÓN DEL AMOR

Hemos de elaborar, por tanto, una propuesta teológica y pastoral capaz de afrontar el desafío de la transmisión de la fe hoy a los hijos con la clara conciencia que actualmente muchos padres no solamente se cuestionan cómo hacerlo dadas las múltiples dificultades con que se encuentran, sino también que muchos otros se plantean por qué hacerlo, ya que no experimentan necesidad o utilidad alguna.

Ante todo, hemos de tener claro que educar a una persona en la fe es introducirla al encuentro personal con Cristo de tal modo que la amistad con Él se convierta en la clave interpretativa de la vida y el fin último de sus elecciones y acciones. Los dos momentos, es decir, conducir a Cristo y la conversión progresiva de configurar toda la vida con Él y en Él, son inseparables. La familia, a través de la convivencia continuada, va compartiendo y construyendo la vida, y de este modo los padres ofrecen a los hijos una interpretación concreta de la misma. El papel de la familia es tan determinante que podemos decir que la vida cristiana o se genera en la familia o no se genera en ningún otro ámbito. En la comunión de vida que es la familia fundada en el matrimonio acontece precisamente que en el encuentro con los demás se ofrece un verdadero sentido de la vida. Es en la comunión familiar donde se comprende que la verdad de la persona humana se encuentra en su relación con Cristo. Pero a la vez es la libertad de cada uno la que realiza concretamente o no la verdad de la persona. Por ello la fe es simultáneamente un don divino y una libre respuesta humana. La fe cristiana cifra la medida de la propia humanidad en la persona de Cristo³¹.

La vida humana puede paragonarse a una peregrinación. En este camino, la familia desempeña un papel fundamental, pues dona a cada persona que nace y se genera en su seno como un “mapa”, unas referencias y coordenadas básicas que le permitirán moverse y orientarse en su propio camino. Este gesto de introducir a la persona en la realidad concreta es decisivo. La pedagogía de la fe en la familia es muy simple. El método consiste en generar lo humano a través de lo humano. Por ello, como afirmaron los obispos de Baleares en el año 2000: “es importante, para el futuro de la fe cristiana en nuestro pueblo, que la familia continúe siendo el lugar genuino donde se viven las experiencias fundamentales de la vida y, entre ellas, la experiencia religiosa. Nada ni nadie podrá sustituir a la familia en esta misión”³².

Desde esta perspectiva conviene tener presente que durante los primeros años de la vida, la catequesis en la familia es insustituible para alcanzar el despertar religioso de los niños³³. Como descubrió la pedagoga italiana María Montessori en la infancia se verifica un “periodo

³⁰ CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral Gaudium et spes*, n. 4.

³¹ CONCILIO VATICANO II, *Constitución pastoral Gaudium et spes*, n.22.

³² OBISPOS DE BALEARES Y PITYUSAS, *Carta pastoral sobre la familia, transmisora y educadora de la fe*, (23.04.2000).

³³ Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, Subcomisión Episcopal de Catequesis, *Los primeros pasos en la fe. Despertar a la fe en la familia y en la parroquia*, EDICE, Madrid, 2006.

sensitivo religioso”, una sensibilidad a lo trascendente que tiene una gran relevancia. Este despertar de la fe es algo que sucede en medio de los acontecimientos cotidianos de la propia vida familiar³⁴. En los pequeños pero profundos detalles, como el ofrecimiento de obras, la bendición de la mesa, las reuniones familiares, las fiestas, la celebración de cumpleaños y santos, el rezo del Rosario, las imágenes presentes en la casa, la lectura de la Sagrada Escritura, etc. se va tejiendo la urdimbre afectiva que hace posible el surgimiento y el crecimiento de la fe. Lo recordaba así Benedicto XVI en Valencia el año 2006: “La familia cristiana transmite la fe cuando los padres enseñan a sus hijos a rezar y rezan con ellos; cuando los acercan a los sacramentos y los van introduciendo en la vida de la Iglesia; cuando todos se reúnen para leer la Biblia, iluminando la vida familiar a la luz de la fe y alabando a Dios como Padre”³⁵. De este modo, las relaciones personales en la familia abren de modo natural y profundo, en el ambiente de confianza mutua en que han de vivirse, suscitan y hacen crecer la experiencia de la fe personal y comunitariamente³⁶.

A través de la vida y la convivencia familiar, especialmente en la forma de ser y de actuar de los padres, los hijos van a ir como por ósmosis imbuyéndose de la visión y criterios de la fe, aprendiendo por imitación las virtudes domésticas que van a contribuir a ir perfilando su propia personalidad. La oportunidad de esta tarea educativa hecha desde la fe de los padres, hará que el niño descubra como algo “normal” en su vida que Dios es importante para sus padres. El despertar a la fe tiene, de este modo, sus raíces vitales en la vida de fe de los padres, al verlos rezar, al escucharlos refiriéndose a Dios, a Jesús, al Evangelio... Así, en los niños se despierta el deseo de Dios, el gusto de conocerle y amarle. En el clima de la confianza, la cercanía y la amabilidad que los padres inspiran, Dios, Jesús y los santos van formando parte del mundo familiar que configura la más radical identidad de la persona.

A partir de los siete-ocho años comienza una nueva etapa con el inicio del proceso catequético propiamente dicho en el interior de la comunidad cristiana. Familia y parroquia inician en la fe, participan en las celebraciones litúrgicas, profundizan en la vida cristiana haciendo realidad poco a poco el estilo de vida que aprenden de Jesús, de sus palabras y de sus acciones que encuentran en el Evangelio. Los niños escuchan, hablan, rezan y tratan de hacerlo vida.

Tras el despertar de la fe y el período de la iniciación cristiana, continúa en la adolescencia y juventud un proceso constante de personalización y profundización en la fe.

Podemos decir que la fe es un acto y una elección fundamental de la persona que precisa de una permanente renovación y actualización en cada una de las etapas de la vida.

La educación de la fe no es una tarea exclusivamente para cuando los hijos son pequeños sino que es una tarea permanente para la familia. En la adolescencia y juventud aparecen con frecuencia agudas crisis de fe. Todo lo que se ha recibido pacíficamente en la niñez se cuestiona ahora, en ocasiones de un modo virulento. Sólo quien tiene hijos puede comprender cuánto dolor causa a los padres ver que sus hijos se alejan de Dios, pierden la fe. Son esas experiencias que todos conocemos por las que a los jóvenes les parece la fe una teoría anticuada, una relación infantiloides, algo caduco, trasnochado, superado³⁷. En cierto modo, este drama es inevitable pues el joven ha de madurar, asimilar, interiorizar su propia fe. Ya no le vale la fe de sus padres y el modo en que la viven, sino que han de encontrar por él mismo

³⁴ A.M. ROUCO VARELA, *Crecer en sabiduría y gracia: misión de la familia cristiana*, Plan pastoral para la Archidiócesis de Madrid Curso 2009-2010, Arzobispado de Madrid, Madrid 2009, 24-27.

³⁵ BENEDICTO XVI, *Homilía en Valencia* (9-VII-2006). Respecto de la oración familiar cita a: JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Familiaris consortio*, n. 60.

³⁶ CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España*, Edice, Madrid 2003, n. 67

³⁷ M.P. AYERRA, “La familia, lugar de transmisión de la fe”, *Sal Terrae* 91 (2003) 401-411.

el modo personal de relacionarse con Dios, su estilo propio de vivir la fe en Cristo. El ambiente, la cultura, los amigos, los compañeros de colegio y universidad ejercen ahora un influjo creciente. No es momento de asustarse e inhibirse, sino de afrontar con coraje y fortaleza el desafío que se presenta. La fe no madura sin las pruebas. Por ello, todo este proceso que acompaña todas las etapas de la vida se debilita cuando la familia se encierra en sí misma y se encuentra como sin aliento para generar a las personas e insuflar en la vida social verdaderas relaciones humanas.

En este sentido, ha sido precisamente la acusación de ser la familia una especie de refugio emotivo lo que la descalifica en su relevancia social. De este modo la así denominada “familia afectiva”³⁸, “fusional” o familia club, se basa en la primacía casi absoluta de los intereses afectivos. La familia se privatiza, y se parece cada vez más a un grupo de amistad, en el que prima la mera simpatía o el sentimiento amoroso. Este intimismo dulzón orientado a la autorrealización impide la vocación y la tarea sociogenerativa de la familia.

Un primer modo totalmente insuficiente para superar esta dificultad es su negación, es decir, afirmar que el momento afectivo es poco importante y despreciable. Ya los teólogos escolásticos, en su análisis del acto de fe, insistieron en que el momento decisivo de la sobrenaturalidad del acto se verificaba en lo que denominaron “*pius credulitatis affectus*”³⁹, es decir, en un primer momento afectivo que es el motor interno del acto de fe y que explica la implicación personal del creyente en el mismo. El afecto, es pues, decisivo para calificar la fe de sobrenatural. La dificultad con que nos encontramos en la actualidad estriba en una interpretación romántica del afecto, a la que no se ha sabido dar una respuesta suficientemente adecuada.

El *affectus* al que nos referimos no se reduce ni a emoción pasajera ni a sentimiento estabilizado, sino una dinámica que constituye el “núcleo de la fe teologal” por el hecho de que Dios quiere ser seguido, no simplemente tolerado. Es significativo que algunas corrientes filosóficas contemporáneas como la fenomenología hayan puesto de relieve el valor cognoscitivo de los afectos⁴⁰. Lejos de un irracionalidad fideísta, la fe requiere siempre un fundamento afectivo como exigencia epistemológica que no queda reducida en una alteridad formal, sino que consiste en un modo de de presencia que se abre a lo sobrenatural. Es, por consiguiente, fundamental descubrir la lógica interna del afecto como una luz para la fe. El amor como primer afecto es una potente luz que ilumina los elementos que se dan en él y permite un conocimiento singular del amado y del bien. En el caso de Dios, el Amado es al tiempo el Bien Supremo. La fe incluye, de este modo, una respuesta integral de la persona.

³⁸ Cfr. A. DE TOCQUEVILLE, *De la démocratie en Amérique*, Union Générale d’Éditions, Paris 1963; AA.VV., *Genitori e figli nella famiglia affettiva*, Glossa, Milano 2002.

³⁹ T.-M. HAMONIC, “Dieu peut-il être légitimement convoité? Quelques aspects de la théologie thomiste de l’amour selon le P. Labourdette”, *Revue Thomiste* 92 (1992) 239-264. 256.

⁴⁰ Cfr. G. LORIZIO, “Credibilidad y testimonio cristiano”, *Scripta Theologica* 42 (2010) 719-730.

4. LA VÍA DEL TESTIMONIO

Como han señalado diferentes autores, la categoría de testimonio ha gozado de una creciente relevancia a raíz del Concilio Vaticano II⁴¹. La centralidad del testimonio como *forma fidei* implica una revalorización de la implicación existencial frente a una perspectiva precedente excesivamente intelectualista. Santo Tomás de Aquino puso claramente en evidencia que la fe tiene una estructura testimonial “*ad fidem pertinet aliquid alicui credere*”⁴². Entre la Revelación y la fe se verifica, por tanto, un vínculo o nexo testimonial.

El radicalismo cristiano consiste precisamente en la totalidad del acto de creer, que interpela y afecta a toda la persona, poniéndola en relación con un testimonio absolutamente fiable y atendible como es el testimonio de Cristo. El testimonio cristiano dice la verdad teologal precisamente diferenciándose de su propio fundamento⁴³. En este sentido, como ha remarcado P. Ricoeur⁴⁴, el testimonio tiene sentido solamente en referencia a la plenitud de sentido de lo incondicionado.

Los padres son los primeros testigos de la fe ante sus hijos. Los términos testimonio, testigo, derivan del término latino *testis* cuya raíz es *terstis*, que indica aquel que está como tercero. Los padres, como testigos privilegiados del amor de Dios, han de poner en relación a Dios con sus hijos. El testigo es, por ello, aquel que introduce a un tercero en el interior de una lógica diádica⁴⁵. El testigo siempre remite a otro mayor que él mismo. La lógica triádica del testimonio lo pone en gran proximidad con la comunicación de un amor más grande⁴⁶. Es en esta experiencia donde se puede verificar la comunicabilidad de la fe.

Pablo VI en términos muy conocidos, expresó en *Evangelii nuntiandi* la primacía de credibilidad de los *testigos* por encima de los *maestros*⁴⁷. La figura del testigo es central en la obra educativa, y especialmente en la educación de la fe, que es la cumbre de la formación de la persona y su horizonte más adecuado. El testigo se convierte en punto de referencia precisamente en la medida en que sabe dar razón de la esperanza que fundamenta su vida (cf. 1P 3, 15), en la medida en que está involucrado en la verdad que propone. La estructura comunicativa de la fe precisa de la atracción mimética o imitativa que las historias de los testigos de la fe poseen.

Los padres son testigos de la paternidad divina, de un amor más grande, del amor de comunión que constituye la mayor riqueza de la familia. El testigo, por consiguiente, no se señala a sí mismo sino que apunta a Alguien más grande que él, que ha encontrado y de quien ha experimentado una bondad digna de confianza. De esta manera, todo educador y testigo encuentra su modelo insuperable en Jesucristo, el gran testigo del Padre, que no decía nada

⁴¹ M. GROSSI, *La vita come testimonianza nelle prospettive del Vaticano II*, Paoline, Modena 1970; E. CASTELLI, *La testimonianza*, Istituto di studi filosofici, Roma 1972; G. ANGELINI, *La testimonianza prima del “dialogo” e oltre*, Centro Ambrosiano, Milano 2008; J. PRADES, “Notas para la recepción teológica de la enseñanza magisterial sobre el testimonio”, en: J.J. PÉREZ-SOBA-A. GARCÍA-A. CASTAÑO, *En la escuela del Logos. A Pablo Domínguez in memoriam. Vol. II La fecundidad de una amistad. Testimonios y artículos en memoria de Pablo Domínguez*, Facultad de Teología “San Dámaso”, Madrid 2010, 355-376.

⁴² STO. TOMÁS DE AQUINO, *S. Th.*, II-II, q. 129, a. 6.

⁴³ P. SEQUERI, “Esperienza della fede e testimonianza della rivelazione”, *Teologia* 6 (1981) 117-121.

⁴⁴ Cfr. P. RICOEUR, “L’herméneutique du témoignage”, en: E. CASTELLI (a cura di), *La testimonianza*, Istituto di studi filosofici, Roma 1972, 35-61.

⁴⁵ Cfr. A. SCOLA, “Il carattere testimoniale della libertà dell’uomo. Prolusione”, en: L. MELINA -J.J. PÉREZ-SOBA (a cura di), *Il bene e la persona nell’agire*, Lateran University Press, Roma 2002, 41-46.

⁴⁶ Cfr. RICARDO DE SAN VÍCTOR: *De Trinitate*, l. 3, c. 14: PL 196, 925; ver también, al respecto, las interesantes reflexiones de J.-L. MARION, *Le phénomène érotique*, Grasset, Paris 2003, 285-342.

⁴⁷ PABLO VI, Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, n. 41: AAS 68 (1976) 31.

por sí mismo, sino que hablaba tal como el Padre le había enseñado (cfr. *Jn* 8,28). La misión fundamental de los padres es orientar la mirada de sus hijos hacia el misterio de Cristo.

Los padres no han de ser heraldos de una idea para sus hijos, sino testigos de una persona. Para evangelizar a sus hijos, han de aprender a estar con Jesús, estableciendo con él una relación viva y personal. Con este fundamento, la evangelización no es sino un anuncio de lo que se ha experimentado y una invitación a entrar en el misterio de la comunión con Cristo.

El testimonio de los padres ante sus hijos es principalmente el de un amor que los une en una comunión conyugal que abraza toda la existencia en el mutuo don de sí. De este modo, los hijos podrán percibir que la fe hunde sus raíces en una experiencia de comunión que se revela capaz de construir toda la vida. El testimonio, concebido en clave de la lógica del amor que se ofrece, conlleva el riesgo de su rechazo. La prueba más radical de la vida de los padres es aceptar este riesgo de la libertad de los hijos, que pueden rechazar la visión y la vida de fe que se les propone. Esta dramaticidad de la libertad interpelada nos hace caer en la cuenta de lo que nos recuerda Benedicto XVI: “La fe no es una mera herencia cultural, sino una acción continua de la gracia de Dios que llama, y de la libertad humana que puede o no adherirse a esa llamada. Los padres cristianos han de procurar que la llamada de Dios y la Buena Nueva de Cristo lleguen a sus hijos con la mayor claridad y autenticidad”⁴⁸.

Gabriel Marcel, que quedó huérfano a una edad muy temprana, indica la centralidad del encuentro con verdaderos testigos. En un artículo del año 1946 escribe: “Los encuentros han jugado un papel capital en mi vida...He conocido personas, ante las cuales experimentaba la realidad de Cristo tan viva, que no me era posible ponerla en duda”⁴⁹. Leyendo estas palabras podemos pensar en cómo personas como la beata Teresa de Calcuta o el siervo de Dios Juan Pablo II han influido en la fe de muchas personas.

La forma del testimonio es la vía privilegiada para transmitir la fe, pues se trata de comunicar una experiencia, no de repetir un discurso sobre la religión, aunque sea correcto. En el testimonio, como ocurre en la Revelación divina, los gestos y las palabras se dan intrínsecamente unidos⁵⁰. “La fe en la revelación acontecida históricamente se comunica por medio del testimonio; así las cosas, el testimonio es uno de los conceptos centrales de la teología cristiana”⁵¹.

⁴⁸ BENEDICTO XVI, *Homilía en la Eucaristía del V Encuentro Mundial de familias*, Valencia, (9.07.2006).

⁴⁹ G. MARCEL, “Le témoignage comme localisation de l’existentiel”, *Nouvelle Revue Théologique* 78 (1946) 182-191.

⁵⁰ Cfr. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Dei Verbum*, n. 2.

⁵¹ K. HEMMERLE, “Verità e testimonianza”, en: P. CIARDELLA-M. GRONCHI (a cura di), *Testimonianza e verità. Un approccio interdisciplinare*, Roma 2000, 307-323. 307.

5. CONCLUSIÓN

Comenzábamos nuestra reflexión con el versículo de la carta del Apóstol S. Pablo a Timoteo. En Timoteo podemos contemplar como una figura paradigmática de los jóvenes que participaron en la Jornada Mundial de la Juventud. En su bello mensaje preparatorio, Benedicto XVI ha explicado el versículo de Col 2, 7: “Arraigados y cimentados en Cristo, firmes en la fe” con las imágenes del árbol y la casa. Tanto en el versículo que abría nuestra reflexión (2Tm 1, 5) con la expresión “arraigó” (“e)n%/khsen”) como en Col 2, 7 con la expresión “arraigados y cimentados” (“e)rrizwme/noi kai e)poikodomou/menoi”) que recae en el sujeto “Cristo”, y en Ef 3, 17 que aparece en una forma muy similar “arraigados y edificados” (“e)rrizwme/noi kai teqemeliwme/noi”) esta vez referida a la caridad⁵², poniendo así de manifiesto la circumincesión entre fe y caridad, se pone de manifiesto cómo transmitir la fe en la familia es semejante a las tareas de sembrar y plantar, de edificar y habitar un edificio. Las raíces del árbol y los cimientos de la casa, aun siendo invisibles, son el fundamento de la estabilidad y madurez de una vida. Ambas imágenes tienen un claro contenido familiar. Así hablamos del árbol genealógico de una familia y de la casa como el lugar donde habita la familia.

La Jornada Mundial de la Juventud ha sido denominada por diversos obispos y autores como un “laboratorio de la fe”. Fue una ocasión muy propicia para profundizar en la integración de la pastoral juvenil y la pastoral familiar. Si la vocación al amor es el hilo conductor de la pastoral familiar, el acompañamiento de los jóvenes y los novios en su maduración humana y en la peregrinación de la fe ha de ser una tarea en la que todos hemos de sentirnos implicados.

Las familias que acogieron a los jóvenes que vinieron a la Jornada no jugaron un papel secundario o simplemente auxiliar. Ofreciéndoles con su hospitalidad una auténtica acogida, fueron las encargadas de generar un ámbito adecuado en el que los jóvenes, sintiéndose como en casa, pudieron encontrarse con la gran familia de Dios, con la Iglesia universal que hace posible el encuentro personal de Cristo con cada joven.

“Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él” (1Jn 4, 16). Como afirma Balthasar en su obra sintética y madura, *Sólo el amor es digno de fe*: «El amor de Dios aparece ante el hombre “desde fuera” no sólo porque el espíritu del hombre es sensible, sino porque el amor sólo existe entre personas, algo que toda filosofía está siempre inclinada a pasar por alto. Dios el totalmente otro respecto a nosotros, aparece en el lugar del otro, en el “sacramento del hermano”»⁵³. Podríamos alargar esta última expresión y decir también, en “el sacramento de la familia”. Si la fe nace de la presencia de un afecto que se recibe primariamente en la familia, al mismo tiempo la fe genera un amor nuevo, la caridad. La transmisión de la fe en la familia se verifica, de este modo, a través del hilo conductor de la vocación al amor. La analogía del amor, fundada en la diferencia entre un amor divino que nos precede y un amor humano que es respuesta al primero, nos hace comprender que la fe, al igual que el amor, necesita de la purificación y de la maduración en un itinerario, en una peregrinación temporal. La fe como camino⁵⁴, está intrínsecamente unida a la vida familiar que aspira a una comunión. La dinámica del don, unida a la del amor, no se agota en el instante, en cuanto precisa el crecimiento progresivo de su recepción. ■

⁵² Ef 3, 17: “Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que, arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que os vayáis llenando hasta la total Plenitud de Dios”.

⁵³ HANS URS VON BALTHASAR, *Glaubhaft ist nur Liebe*, Johannes Verlag, Einsiedeln 2000, 102.

⁵⁴ Es la sugerente intuición que aparece en el artículo de J. RATZINGER, “Glaube als Weg: Hinführung zur Enzyklika des Papstes über die Grundlagen der Moral”, *Internationale Katholische Zeitschrift Communio* 22 (1993) 564-570.